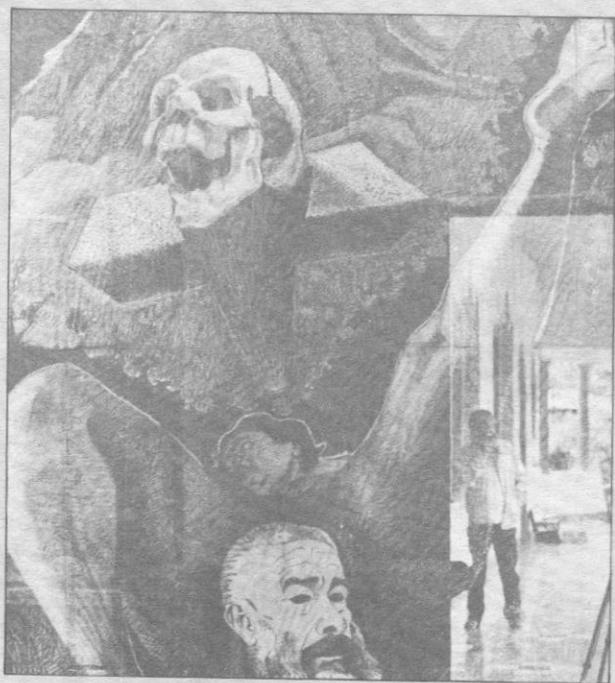


ARTE Y LITERATURA



Fútbol, novela y epifanía

FERNANDO AYALA POVEDA*

La era del recelo

Toda era del recelo crea sus propias camisas de fuerza. No existe utopía por perfecta que sea que no implique la restricción de la libertad y la renuncia de un mundo. El intelectual moderno al igual que los príncipes de la Santa Inquisición también ha configurado una moral y una administración de justicia y censura. Dicho en otros términos, el gran rebelde en el fondo es un hipócrita y una especie de jardinero que se dedica a cultivar sus prejuicios y a pulir sus impudicias. Para la logia de letrados existen muchas clases de herejes y herejías. Raymon Chandler, Agustín Lara, Manuel Puig, Garrincha y Perrault configuran la nómina de los menores de edad en el ámbito de los clásicos universales. Asimismo, la novela policíaca, la novela lírica, la literatura infantil, el bolero, el relato rosa, el fútbol y los medios masivos de comunicación, ocupan un centro entre sus animadversiones. El intelectual moderno cree que tales universos son portadores de opio, alienación, evasión, miseria espiritual y deshumanización en una dimensión de profundidad vacía. Sin embargo, el explorador parece haber sido devorado por la historia de sus exclusiones. La novela policíaca a diferencia de lo que se prejuzga sigue demostrando que es una de las memorias éticas, económicas y sociales en la cual la investigación es el viaje. Por otra parte, la novela lírica continúa afianzando su fuerza proteica a través de los autores que han revolucionado la manera de contar una saga. James Joyce, Marcel Proust, Azorín, Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez señalan esa plenitud. La literatura infantil — escrita desde la imaginación de la infan-

* Novelista, ensayista, profesor de la Universidad Central, autor del *Manual de Literatura Colombiana* (Educar Editores) y de la novela del bolero *Amar en Bahía* (Plaza & Janés).

cia—, continúa fortaleciendo la fuente de la vida a través de Antoine de Saint-Exupéry, Michael Ende y Muhammad Azzuz. El bole-ro a su vez indudablemente es una de las poéticas más ricas de la lírica latinoamericana que expresa la educación sentimental del mestizo. El relato rosa ha precisado en Manuel Puig una nueva fisonomía donde el encuentro de culturas, sentimientos y finales felices se contraponen con las estafas espirituales. El fútbol, ese gran signo y símbolo de la colectividad humana, bajo las irradiaciones de Albert Camus y Milan Kundera de repente ilumina zonas desconocidas del drama social. Los medios de comunicación de tan reciente data han evolucionado de manera prodigiosa en las múltiples experiencias de lo sensorial, lo afectivo y lo estético. Sin lugar a dudas, el cine es por excelencia el arte clave del siglo XX y mediante sus apropiaciones, la novela ha logrado proseguir su desarrollo. La sociología de la literatura arroja luces sobre estos entornos y contornos. El intelectual de los nuevos tiempos critica al poder, pero no hace productivo el poder. El agente activo se ha convertido en un dique pasivo. La inercia de su desencanto produce su monotematismo. De imprevisto, el espíritu abierto del artista ya no responde a todo lo que entraña la naturaleza del hombre y del mundo. La literatura de masas lo aterra como lo sobreco-ge la balada que musita el obrero. Su propio pudor es la vergüenza de los otros. Su solemnidad ya no admite alegrías. Corin Tellado les produce resquemor porque su línea de fuga conduce a otro estadio del conocimiento. Las consecuencias son bien claras al respecto. El intelectual, el artista, el explorador, al transformarse en inquisidor ha cerrado su espíritu y por lo tanto ha renunciado a poseerse en todas sus contradicciones. De ahí que hoy por hoy James Joyce por ejemplo y Homero hayan sido alcanzados por la misma oscuridad que anhelaron combatir. La lucha del héroe y del antihéroe no ha podido resolver el conflicto del ser que es uno y diverso. Ambos autores buscaron su verdad y se enfermaron por ella. La verdad absoluta forma parte de su pathos pesimista y solemne. La mitología y la ideología yacen derruidas en la intimidad de sus sagas con toda su carga de utopía. Los creadores al inquirir por lo trascendental de la vida y el destino han rechazado en su palabra perpetua la sílaba natural y anodina. Joseph Conrad advirtió este proceso del escritor cerrado y señaló por eso que el artista se ha arrodillado ante los ídolos de las tinieblas, la muerte y la incertidumbre. La vida y la obra del escritor cerrado así lo comprueban. El sistema se reduce a unas claves. La imaginación y la palabra autosozuzgada apelan a las mismas dimensiones: la visión maldita, la bohemia, el etéreo discurso interior, la náusea, los

monstruos de la razón, el laberinto y la parodia sin humor, la denuncia y la pseudoambigüedad. Texto y testigo forcejean por hablar el mismo idioma. Su existencia vivida y asumida parte de un mismo punto, del eje de la extracción, la evacuación y la expulsión del mal mediante los eméticos, diuréticos, clísteres y sangrías que en el orden vivencial son el desdén, la intoxicación cultural y el aislamiento y en el orden literario corresponden a los juegos lingüísticos, las cajas chinas y la destrucción barroca. Los más modernos utilizan como oficio de sobrevivencia y de creación el sistema de la integración basado en la inyección, el injerto y la irradiación, traducido en el proteccionismo, los nacionalismos, el segregacionismo, la vida como una suerte de negación o de heroísmo personal y la fábula como un medio de adoctrinamiento, liberación y placebo.

El desencuentro del intelectual, del artista y del profeta consigo mismo parte de su propia desintegración, de negar su esencia y de alquilarse a una utopía en la cual la felicidad siempre es un bien diferido porque teme enfrentarla cara a cara. El pensador se adentra en la región de las ideas, el hombre de ciencia en el mundo de los hechos, de tal modo que generalmente el hombre y el propósito que conforman se excluyen y lo excluyen. El escritor incapaz de sortear este dilema opta por el partido del uno o del otro institucionalizando su propio suicidio.

Joseph Conrad recuerda en este contexto lo que el artista ha olvidado, o ha querido olvidar o no ha podido evitar olvidar:

El artista habla a esa parte íntima de nuestro ser que no depende de la sabiduría, a lo que es un don en nosotros y no una adquisición, siendo por consiguiente, más duradero. Habla a nuestra capacidad de alegría y de admiración, dirígese al sentimiento del misterio que rodea nuestras vidas, a nuestro sentido de piedad, de la belleza y el dolor, al sentimiento que nos vincula con toda la creación; y a la convicción sutil, pero invencible, de la solidaridad que une la soledad de innumerables corazones: a esa solidaridad en los sueños, en el placer, en la tristeza, en los anhelos, en las ilusiones, en la esperanza y el temor, que relaciona a cada hombre con su prójimo y mancomuna toda la humanidad, los muertos con los vivos, y los vivos con aquellos que aún han de nacer" (Prefacio a *Tifón*).

Los penitentes

El escritor moderno ha cercenado su risa. Su punto de iniciación como anota Mario Vargas Llosa comienza en la senda de la carroña humana. La alegría sólo la obtiene tras el padecimiento; y el padecimiento se aumenta con la extrema fijación a una verdad. Para él reír no es una fruición sino un sobrecogimiento. La felicidad es una mentira en su mundo porque sus libros sólo le dan residencia a la mueca. El homo ludens ha perdido en ese espíritu cerrado su libertad. El diluvio maldito los ha ahogado, ese diluvio que no existe sino en su exclusiva captación del horror y no de la dicha. El ocio ya no es recreación sino hedonismo. La vida ya no es un estremecimiento de ser vivido sino de ser matado, porque sólo lo thanático tiene el poder de apuntalar el texto. El lector, por su parte, como participante y a la vez testigo de este proceso, sufre de los mismos desencuentros del escritor y cada encuentro con el libro reinicia el rito de la negación, de la eterna recitación en el diván del psicoanalista que lleva encima. En el centro de esta situación límite la obra humana se revela no como un ascenso hacia la libertad sino como un descenso al apocalipsis.

No obstante, a pesar del hombre mismo, el hombre sigue inquiriendo por su salvación. El camino de la rebelión es su emblema. La recuperación de sus dones perdidos es el problema que hoy por hoy no puede ser rehuido a menos que se le de carta de crédito no tan sólo a la extinción del artista y del espíritu sino también a la vida misma. Julius Fucik entregó su existencia por la alegría, ese bien ecuménico tan combatido. El cuerpo no puede proseguir en divorcio con la mente. La intuición no puede ser sacrificada en aras de la razón. El hombre es una dimensión proteica, que no se reduce a una síntesis de celos y heridas psíquicas.

Ningún hombre es una isla. Y por ello el hombre no está sólo. Al lado de la alegría se hallan los nuevos fundadores. Jorge Amado transfigurado en Quincas Berrido Dagua viene a dar fe que la risa no ha muerto. En los artistas de espíritu abierto Apolo, Dionisios y Odiseo conservan sus plenas facultades para iluminar la imaginación. Gracias a estas condiciones, la llama sigue encendida y el texto de la vida no se torna un pretexto de muerte.

Encuentro entre deporte y literatura

El escritor es la historia de un mundo privado y público. La literatura por supuesto acoge sus deseos. La vertiente vitalista de la creación literaria ha integrado lo que otras tendencias han anulado: la capacidad de goce y libertad. *La Batracomiomaquia*, *El Decamerón*, *Don Quijote*, *Cien Años de Soledad*, *Los Himnos triunfales de Píndaro*, *El Cantar de los Canteres*, *Canto a mí mismo* y la poética de Vinicius de Moraes, alternan lo dionísico con lo visceral. Por eso en sus universos el cuerpo es una religión y los deseos una puerta de acceso a la música, la filosofía, la culinaria y la naturaleza. El autor y su personaje viven en una permanente reconciliación con lo cósmico, lo animado y lo lúdico. Nadie allí le teme a la buena comida, al sol, a los placeres, al agua fresca, a la frescura del bosque en pleno verano o a los divertimentos de la inteligencia con la risa.

Un continente de obras secretas referidas a lo vitalistas posibilitan su deleite. A través de ellas los melancólicos tienen la alternativa de precisar una cura. Sus personajes no son entes intelectuales sino un encuentro de memorias que evocan el paraíso perdido, el paraíso recobrado y el paraíso íntimo presente. En esas fábulas el atleta surge como el protagonista. Hemingway y Malamud recrean a través de su saga de cazadores y beisbolistas el misterio del gran cuadrilátero donde todo se expresa: la gloria, la pasión, el odio y el silencio. El fútbol a su vez en Albert Camus es una biografía y una filosofía donde derrota, miseria y triunfo son las sustancias esenciales del jugador y del espectador. El juego como en la tragedia griega contiene las variaciones dramáticas de la sociedad humana. En un partido de fútbol puede ocurrir el apoteosis, la epifanía y la revelación de un hombre a través de un signo. Al fútbol llegan los hombres del barrio chico, los intelectuales del amor infame, los sacerdotes y los políticos. Algunos llegan con la cruz, la espalda herida, la rosa recién florecida o las ilusiones defendidas en las horas del desencanto. Sobre la gramilla el totem se revive y los clanes se enfrentan. De ese cotejo aparece la dialéctica entre deporte y sociedad civil, la religiosidad del hinchado, la contemplación del jugador como objeto de placer, la variación de los sistemas de juego en interacción con las sucesivas coyunturas sociales, la comunicación simbólica dentro del campo, los sueños matriarcales que gobiernan el inconsciente del equipo; las figuras del árbitro, el entrenador, el masajista; igualmente el balompié encierra la estructura que ordena la crónica de un partido, la amplia cosmética de

los medios de comunicación en la presentación del drama. Allí, en el estadio, el hombre moderno deja sentir todo el peso de sus vicisitudes, creencias, consolaciones y deseos ocultos. Franquear ese umbral es una experiencia que restaña las heridas. La literatura llega a todos los centros culturales del mundo, pero no llega al barrio chico. Garrincha era un semianalfabeto, y no obstante representa la poética del balón, la filosofía del futbolista y la historia de un mestizo paradójico. Esa novela al igual que otros que la existencia social guarda en su memoria clandestina, espera una saga y un autor múltiple.

En el mundo moderno, el cincuenta por ciento de las letras se refieren a las guerras mundiales, las guerras civiles y las hecatombes. Sobre ellas, Zorba El Griego se erige en otro símbolo y en otro modo de ser de la literatura. La aproximación a ese mundo con sinceridad y autenticidad decidirá el futuro de la novela. De algún modo todo ensayo es una exteriorización de las pasiones, y sobre ellas el fútbol parece ser la más sentida por la comunidad universal. Frente a designio la novela del fútbol o el fútbol de la novela tendrá su última palabra. Sólo de esa manera será posible que el escritor se devuelva su propio cuerpo y aprenda de nuevo a sentir pensar la maravilla que es el arte y que es la ascensión hacia sí mismo.